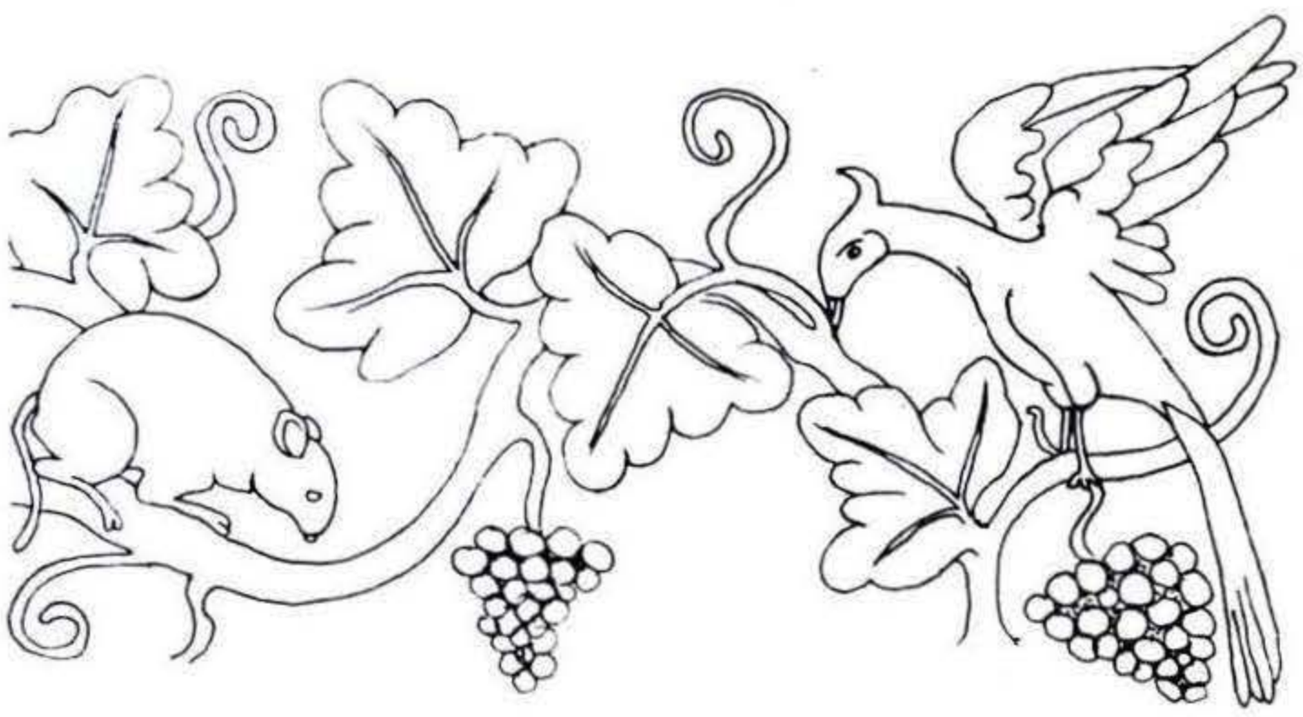


Cálidas, de inusitada imaginación, entre la ironía y la afección... "En fin, creo que 'estas páginas' cultivan puntualmente su juventud...".

GUILLERMO LINERO M.

"Círculo des-cuadrado"

Antología Círculo de la poesía colombiana
Anónimo (compilador)
Círculo de Lectores, Bogotá, 1989, 278 págs.

En el caso de esta antología, es necesario volver a comenzar por el abecé del asunto: que, etimológicamente, *antología* quiere decir 'escoger flores'; que esto implica una escogencia —y por lo tanto un escogedor— y unos criterios. Elemental y —por lo elemental— omitido en el presente volumen.

En ninguna parte de esta antología se dice quién escogió los poetas y los poemas; hay créditos para la dirección editorial —un término tan amplio, que quiere decir cualquier cosa— y que corrió a cargo de Clara Isabel Cardona; hay créditos para el diseñador de la cubierta, para el "consultor" (conociendo la probada seriedad y buen juicio de Guillermo Alberto Arévalo, cabe preguntarse qué tanto le consultaron); hay créditos para la asesoría fotográfica, para la fonografía (esta antología viene acompañada de un casete); hay créditos para el diseño, la diagramación, la fotocomposición, la corrección y la impresión; hay toda una página donde se le dan créditos a todo el mundo, pero por ninguna parte, ni en esa página ni en otra, aparece el crédito para la persona que seleccionó —si así puede decirse— los poetas y los poemas de esta antología.

No se sabe, pues, a quién atribuir la escogencia, asunto que podría ser significativo, en el caso de que sea alguien que haya publicado otros materiales para, a través de ellos, tratar de deducir, quizá con dificultad, los criterios adoptados en este caso.

Porque tampoco las pautas de la selección (difíciles de adivinar, acaso inexistentes, a juzgar por la simple lectura de la muestra) se expresan en un texto introductorio. Es más: aquí se trata, expresamente, de un libro precedido de un no-prólogo. En efecto, antes del índice aparece una carta del expresidente Carlos Lleras Restrepo, donde cuenta: "hace algún tiempo me solicitaron ustedes que escribiera el prólogo para la 'Antología Círculo de la Poesía Colombiana' y yo acepté ese encargo en la creencia de que podría cumplirlo oportunamente. Sucede, empero, que otros trabajos urgentes, y sobre todo la dirección de Nueva Frontera, me han impedido atender, como yo deseaba hacerlo, esa honrosa tarea. Tal situación ha venido a agravarse con el mal estado de mi salud y por todo ello me veo obligado a pedir a ustedes que me exhoneren [sic] del compromiso que acepté con la mejor buena voluntad, pero que me impondría un esfuerzo en las actuales condiciones de salud que no puedo realizar".

Como puede verse, se trata, con toda claridad, de un no-prólogo de un no-prologuista que —empero— se preocupa por dejar constancia: "no tuve yo intervención en la selección de los poetas y de las poesías que ha reunido el Círculo". Yo no fuí: eso parece decir el no-antologista.

Sin responsable, sin criterios de selección explícitos, el reseñista debe aventurarse a tratar de esclarecerlos. Infructuosamente. Aquí, con nostalgia, puede invocarse la anterior antología que editó el Círculo y que, no obstante su calidad y su éxito editorial —se dice que vendió más de 20.000 ejemplares—, ha sido retirada de la circulación y reemplazada por esta *Antología Círculo de la poesía colombiana*. Juan Luis Panero, el poeta español, preparó en 1984 para esta editorial la muy sobria *Cien años de poesía colombiana*, que tenía una primera virtud: que optaba, con diafanidad, por ser una antología de poetas; allí se trataba de escoger, con José Asunción Silva como punto de partida, los nombres más representativos de nuestra lírica. Eran 21 poetas, ya de por sí un número excesivo, pero era fundamentalmente acertada en una lista de nombres que recogen hoy por hoy el consenso público. Además, la antología de Panero tenía la cualidad de contener unos poemas que eran lo más representativo de cada escritor. En suma, acaso la mejor antología desde el *Panorama* publicado por el ministerio de Educación en 1963, bajo la dirección de Fernando Arbeláez.

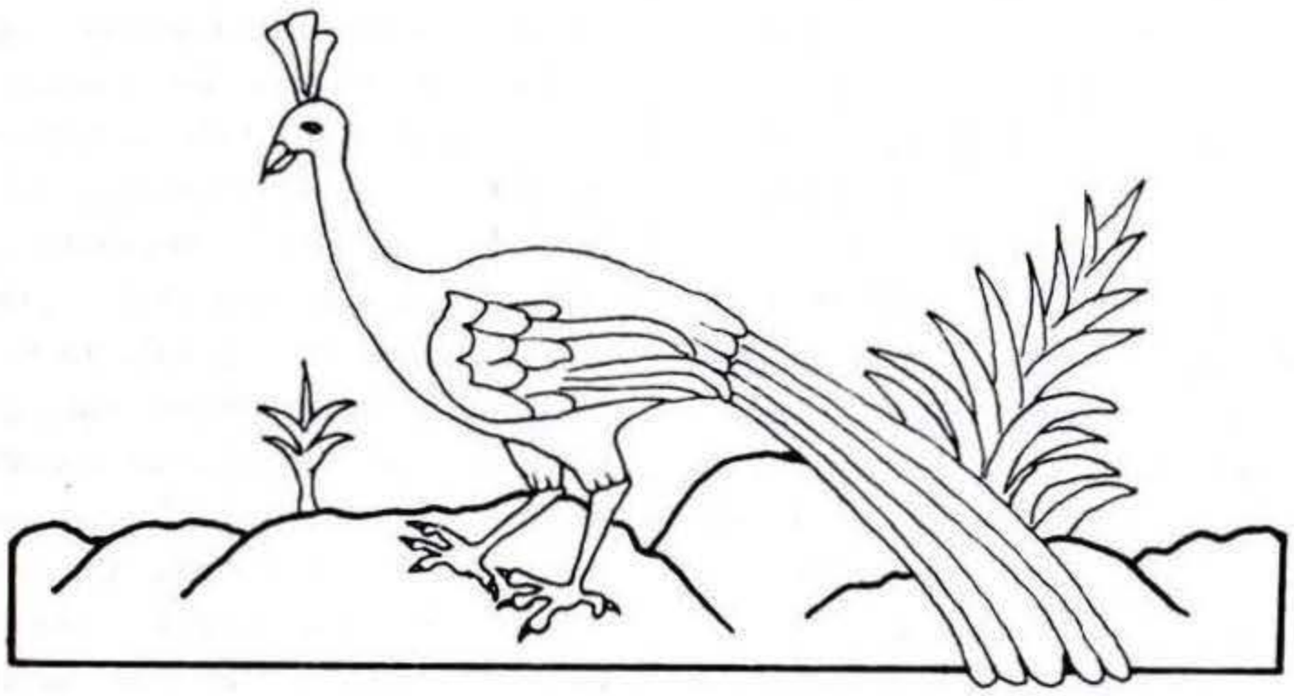
Pues bien: ese es el libro que deja de editar el Círculo de Lectores para poner en circulación esta antología de no se sabe qué: uno intenta, primero, discernir si se trata de una selección de nombres; pero no; es imposible que en Colombia haya habido 51 (¡51!) poetas. Así, inevitablemente, se confunden el oro con la morralla, y al lado de nombres tan esenciales como Aurelio Arturo, Jaime Jaramillo Escobar o Jorge Gaitán Durán, se colocan escritores tan prescindibles como Santiago Mutis, Maruja Vieira o José Luis Díaz Granados. La confusión llega a tal punto, que hay menos páginas dedicadas a José Asunción Silva que a un versificador tan epigo-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

nal como Harold Alvarado. En este terreno, podría decirse que en la *Antología Círculo* están todos los que son, pero no todos los que están son. Se le abona el acierto de incluir, entre los jóvenes, al más destacado: Ramón Cote.

Por incluir tanto nombre superfluo, el libro acaba por no ser, tampoco, una antología de poemas.

JAIME LÓPEZ



La veracidad de la mentira: la paradoja del teatro

Las rutas del teatro
Giorgio Antei
Centro Editorial, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1989, 267 págs.

Manifestando, sin saberlo, una opinión que se remonta hasta los padres de la Iglesia, alguien me decía alguna vez que los actores tenían que ser gente intratable, ya que su profesión se basaba en la mentira, lo que también era válido para los propios dramaturgos. Le contesté a mi amigo, sin citar fuente ninguna, que mi opinión sincera era que, para ser buen actor, y para el caso dramaturgo, había que ser, al contrario, lo más verídico posible; había que ser capaz de una entrega auténtica, no sólo emocional sino también racional, desnudándose, por así decirlo, sin ninguna clase de tapujos. Cuando ello no sucede así, le dije, cuando las deficiencias en la técnica, la falta de sinceridad del espíritu, la incapacidad de reflexión, la negación a expresar experiencias vitales personales, le impiden al actor esa fundamental entrega concentrada para manifestar su más íntima verdad, entonces sólo logra un mediocre desempeño en el arte, inmediatamente perceptible y repugnante para quienes presencian la representación. La "mentira" del actor —o del dramaturgo— tiene que ser absolutamente verídica, por paradójico y curioso que parezca. Esa sigue siendo mi opinión, y debe ser la de quienes se dedican con honestidad al arte escénico como a un acto de creación original, no lejos del propio sacrificio.

En la tradición occidental, esta interesante dicotomía entre la mentira y la verdad fue ya tomada muy en serio por el gran filósofo Aristóteles, quien concluyó que el arte, en general, era una imitación, y que el teatro, en particular, era la imitación de una acción. Pero se abstuvo, afortunadamente, de darle a su aserto, como más tarde sí lo hicieron los padres de la Iglesia, una connotación valorativa. Desde entonces los actores han imitado las acciones y las formas de ser de los demás, sin ser realmente eso que aparentan, y ello ha sido ya aceptado como un axioma del teatro. No aludiendo a la mentira como a la fuente de la profesión, no fue sino hasta los tiempos de la patrística, que se refería a una época teatral romana ya decadente, cuando los padres de la Iglesia rechazaron y aun privaron de salvación eterna a quienes se dedicaban al teatro —pero ello no duró más que unos pocos siglos, tras los cuales la propia Iglesia dio de nuevo comienzo al arte dramático en Europa.

El libro recopilado por Giorgio Antei, que aquí comentamos, ilustra estas apasionantes paradojas del teatro que, incidentalmente, podrían también ser las de todas las demás artes: el teatro funciona a través del engaño, del espejo; plantea el eterno problema del ser y del no ser, el de la realidad y la ficción, el del sueño y la vigilia, raíz y fuente primordiales del drama más profundo, expresadas teatralmente por autores de talla desde los comienzos de la historia, con notable culminación en Pedro Calderón de la Barca, William Shakespeare, Samuel Beckett o Jean Genet. Es este el tema principal que presenta, presumiblemente, Giorgio Antei en este libro, aunque es en su "Introducción" donde lo aborda directamente, con gran conocimiento de causa y aguda penetración personal, haciendo, además, aportes importantes al teatro universal, como el de presentarnos, desde este punto de vista, el mundo de los rituales precolombinos, notablemente el de los aztecas; pero es claro que sus consideraciones habrían podido también aplicarse a los rituales de nuestros indios muiscas, por ejemplo, aquí entre nosotros, los colombianos.

Antes de Aristóteles —y podemos decir que la historia de los indios sería, para la tradición occidental, anterior al estagirita— el ser humano, en efecto, no había aprendido aún a diferenciar conscientemente (en la forma de un tratado filosófico, por lo menos) el teatro del ritual. Para Aristóteles, el teatro es posterior al ritual. En efecto, en éste, que parece ser la forma dramática que hallamos entre la mayoría de los pueblos americanos precolombinos (exceptuando notablemente al maya y al inca), no había nacido todavía quien ahora llamamos el "espectador" teatral, el que "mira un espectáculo" desde la barrera, sin participar en él, como dice Antei; lo que había en el ritual eran más bien *fieles* o *creyentes*, que formaban parte integrante y vital de la celebración o fiesta. De manera que en el ritual tampoco existían los dos espacios separados del "escenario" y el "auditorio"; la fiesta tenía siempre lugar al aire libre, en un área en que todo el mundo hallaba cabida simul-

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.